
La Florida, del Inca Garcilaso: notas sobre la problematización del discurso histórico en los siglos XVI y XVII

Los datos más elementales confirman en seguida que la obra del Inca Garcilaso de la Vega (1536-1616) ha despertado, a lo largo de muchos años, el interés de investigadores y comentaristas de todas las latitudes¹. Con toda seguridad, ese creciente interés de tantos alude a la inmensa riqueza de sus textos. Pero desafortunadamente en muchos casos el afán de contradecirle ha sido más pertinaz que el deseo de comprenderle. Sabemos, por otra parte, que mucho de lo que se ha escrito sobre las obras del Inca ha derivado en polémicas ingenuas que niegan o reivindican las aportaciones muy disímiles que recogen *La Florida* (1605) y los *Comentarios reales* (1609-1617)². Y si califico de ingenuas muchas de las controversias gestadas por las narraciones de Garcilaso, es porque suelen ser el producto de lecturas que rara vez trascienden la epidermis semántica de sus textos; y han sido, por lo general, apreciaciones parciales de sus textos motivadas, con frecuencia, por un trasnochado positivismo histórico que para nada figuró en los propósitos del Inca Garcilaso. Por su parte, la historiografía tradicional, con una desorientada obsesión clasificatoria, más de una vez ha relegado los textos del Inca a la marginalidad que usualmente corresponde a cronistas regionales³. Pero ocurre que los rangos ilusorios que a menudo resultan de esas clasificaciones son sintomáticos, en muchos sentidos, de la arbitrariedad interpretativa que se ha gestado en torno a otras obras seminales que relatan el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo⁴. Es sorprendente, por

¹ La bibliografía sobre la obra y la persona del Inca es ya muy extensa. Sin embargo, la información más significativa se resume en las obras siguientes: John Greer Varner, *El Inca: The Life and Times of Garcilaso de la Vega* (Austin: University of Texas Press, 1968); Aurelio Miró Quesada, *El Inca, Garcilaso y otros estudios garcilacistas* (Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1971); José Durand, *El Inca Garcilaso clásico de América* (México: Colección Sept-Setentas, 1976). Sobre la dimensión creativa de los textos puede consultarse mi estudio: *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega* (Madrid: Editorial Porrúa Turanzas, 1982). En ese libro se recogen, a su vez, los datos bibliográficos más recientes sobre el Inca y sus escritos. Agradezco la ayuda que recibí del *University Research Council* de *Vanderbilt University* cuando iniciaba las investigaciones resumidas en este trabajo.

² Esa dimensión polémica, casi siempre de poca utilidad, asoma repetidamente en varios estudios e intervenciones recogidos en: *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega* (Lima: Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, 1955). Otras desavenencias sobre sus textos las resume Francisco Esteve Barba en su *Historiografía indiana* (Madrid: Editorial Gredos, 1964), págs. 470-475.

³ Esteve Barba, en el estudio antes citado le ubica, caprichosamente, entre los «historiadores de interés indígena en el Perú», pág. 470.

⁴ Algunas de esas lecturas arbitrarias se exponen en el excelente ensayo de Roberto González-Echevarría, «Humanismo, retórica y las crónicas de la Conquista», en *Isla a su vuelo fugitivo: ensayos críticos sobre literatura hispanoamericana* (Madrid: Editorial Porrúa Turanzas, 1983), págs. 9-26. Véase, además, mi estudio: *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (Madrid: Editorial Gredos, 1982), págs. 15-92.

ejemplo, que no se haya advertido antes que los *Comentarios reales* exhiben, en muchos órdenes, el trazado monumental y el alcance descriptivo que caracteriza a las grandes historias naturales y morales de Indias que nos legaron Fernández de Oviedo, Las Casas y el agudo padre Acosta ⁵.

Sin abundar sobre esos equívocos de la gestión interpretativa, me parece necesario aludir, brevemente, a otras cuestiones que inciden negativamente en nuestra apreciación de los textos del Inca y de las crónicas en general. Es inevitable reconocer que para muchos lectores la designación *crónica*, utilizada por igual en los estudios literarios como historiográficos, nos remite, de hecho, a un legado arcaizante caracterizado por la estolidez dogmática; es decir, a textos en los que el discurso suele carecer de un relator individualizado y que se organizan a manera de inventarios monovalentes y cifrados en cronologías primarias ⁶. Pero obsérvese que si insisto en estas distinciones globales es porque el vocable *crónica* asignado a textos, extraordinariamente dispares (como lo son, en efecto, *La verdadera historia*, de Bernal Díaz; los *Naufragios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, o *El carnero*, de Juan Rodríguez Freyle), no sólo opaca los rasgos distintivos de los textos en cuestión, sino que además desvirtúa la inusitada modernidad que a menudo proyectan las narraciones que he mencionado ⁷. A la vez, la supervivencia de otras nomenclaturas desfasadas también oscurece la tensión especulativa y teórica que subyace en las principales narraciones que sobre América se escribieron en los siglos XVI y XVII; siglos, por lo demás, en los que se llevó a cabo —sobre todo en el ámbito de las culturas mediterráneas— un profundo cuestionamiento del discurso histórico ⁸. Constatar ese hecho me parece indispensable, en parte, porque la creciente latitud informativa y ambigüedad formal que en los siglos XV y XVI asume la narración histórica debe verse como el contexto referencial inmediato en el que se configura como tipología innovadora, el discurso histórico sobre el Nuevo Mundo ⁹.

⁵ Lo afirmo así porque en *La Florida* y más aún en los *Comentarios reales*, se expone un gran registro de conocimientos antropológicos, lingüísticos y económicos, así como extensas reflexiones sobre la historia y los procesos culturales que ésta relata. Los textos del Inca retienen, inclusive, la propensión enumerativa que, con perspectivas diferentes, despliegan Las Casas, Oviedo y Acosta.

⁶ Esas precisiones se establecen en dos ensayos ejemplares de Hayden White: «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», *Critical Inquiry*, Vol. 7 (1980), págs. 5-28; «Burden of History», *History and Theory*, Vol. 5, núm. 2 (1966), págs. 122-133.

⁷ Me refiero a la problematización reflexiva de la escritura que se hace evidente en *La verdadera historia*, de Bernal Díaz, así como en los *Naufragios*, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y aún en las amplias secciones introductorias con que Fernández de Oviedo encabeza numerosos capítulos de su *Historia general y natural de las Indias*. Otros linajes de narraciones históricas, la aportación —mal conocida— de los preceptistas y el legado forense en la historiografía de Indias lo trato con mayor amplitud en mi libro: *El discurso cultural de América: sus configuraciones primarias (siglos XVI-XVII)* que en breve publicaré.

⁸ Ver: Nancy Struever, *The Language of History in the Renaissance: Rhetoric and Consciousness in Florentine Humanism* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1970) y mi *La vocación literaria del pensamiento histórico*, págs. 80-92. Interesa, además, el estudio de Mariano Usón Sesé, «El concepto de la historia en Luis Vives», en *Revista de la Universidad* (Zaragoza), núm. 3 (1925), págs. 501-535.

⁹ Consúltese el estudio preliminar de Santiago Montero Díaz que se recoge en su edición de la obra de Luis Cabrera de Córdoba, *De historia para entenderla y escribirla* (1611) (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948), págs. XI-LVI.

Esas relaciones que divulgaron las primeras imágenes del mundo americano serían, casi siempre, libros concebidos desde una razonada perspectiva interdisciplinaria y dotados de un amplio aparato retórico¹⁰; y paradójicamente esos textos emprendían —con no poca incertidumbre— la descripción de un mundo desconocido cuya solvencia referencial tuvo que ser establecida mediante recursos expositivos muy dispares. Piénsese, por otra parte, que en aquellos años, escribir sobre el Nuevo Mundo era por definición —tanto en la construcción narrativa como en otros órdenes— un acto experimental¹¹. En aquellas circunstancias serían, por necesidad, otros los procedimientos que empleaba el relator y otras tendrían que ser sus concepciones de la perfectibilidad discursiva. Con frecuencia, las mismas dimensiones colosales de los temas a tratar harían ineludible un sistema proliferante e inseguro de referencias dentro del que aparecen aunados, datos verificables, un amplio temario de asuntos contenciosos y la presencia siempre contigua de lecturas muy diversas¹². En otras ocasiones, sin embargo, el texto sería el producto insuficiente de testimonios desiguales y de breves relaciones individualizadas que a duras penas se avenían con la amplitud conceptual e imaginativa que procuraba el relator¹³. Esa, es, a propósito, la caprichosa disyuntiva en que se redacta *La Florida*, del Inca. Texto que, por múltiples razones, elijo como foco primario de este trabajo, aunque he de referirme inevitablemente a otros escritos de Garcilaso. Y si hago hincapié en mi elección, es porque *La Florida* ilustra, como pocas obras de su tiempo, esa referencialidad proliferante y conflictiva que se gesta en la historiografía del humanismo renacentista; referencialidad que se problematizará, aún más, debido a la intensa proyección individualizada que el Inca impone a sectores cruciales del texto. La suya es, al mismo tiempo, una narración que —siguiendo los principios rectores de la historiografía renacentista— se esforzará por revelar correspondencias sutiles entre la naturaleza del proceso histórico que se describe y la gestión creativa de exposición que se genera en el seno del discurso como tal. *La Florida* es, en muchos sentidos, un texto ejecutado a partir de otra suerte de conocimientos. La elaboración misma del discurso deja implícita la noción de que otra realidad —la americana en este caso— presupone, en varias medidas, otra ordenación del saber, y específicamente del saber histórico. Son, principalmente, esas dimensiones singularizadas de la narración las que examino en las páginas siguientes. Y aunque ya en otra ocasión me he ocupado, en detalle, de la

¹⁰ Ciertamente, no todas las relaciones importantes escritas en el siglo XVI sobre el Nuevo Mundo, acusan el mismo grado de refinamiento compositivo. Esa característica prevalece, sobre todo, en las narraciones que nos legó el humanismo historiográfico que se inicia con Hernán Pérez de Oliva, Luis Vives y Páez de Castro, entre otros historiadores-preceptistas.

¹¹ Recordemos que los historiadores de Indias no sólo tuvieron que documentar un registro vasto de objetos, sitios y experiencias desconocidos, sino que además se vieron obligados a construir un discurso que se nutría tanto de la historiografía clásica y medieval como de la retórica forense; serán, además, textos redactados, con frecuencia, desde una vertiente autobiográfica y que fueron escritos muchas veces por personas sin formación histórica previa y a veces impulsados más que nada por un afán de reivindicación individual.

¹² Algunas implicaciones de ese proceso se exponen en mi *Historia, creación y profecía*, págs. 74-83.

¹³ José Durand aporta detalles de interés sobre esto en su trabajo: «Las enigmáticas fuentes de *La Florida*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 168 (1963), págs. 597-609.